



¡DIOS ESTÁ ALLÍ!

Vere Dominus est in loco isto, et ego nesciebam!

« Verdaderamente, está Dios aquí y yo no lo sabía. »

(GÉNES., XXVIII, 16.)

I

PARA juzgar bien de una familia, hay que ver si se observa en ella la ley del respeto; donde los hijos y los servidores son sumisos y respetuosos, puede decirse: he aquí una familia honrada y dichosa.

El respeto y honor que se rinde á los padres constituye la religión de la familia, bien así como el respeto que se tributa al soberano ó á sus representantes constituye la religión de las sociedades.

No se nos manda honrar las cualidades de la persona, sino la dignidad que procede de Dios.

Ahora bien; á Nuestro Señor Jesucristo debemos el más profundo respeto; ésta es nuestra primera obligación; respeto espontáneo, no razonado, respe-

to instintivo, so pena de que carezca de la significación que debe tener.

Es respeto que llamamos de impresión. Hay que honrar á Jesucristo dondequiera se halle: lo pide así su dignidad de Hombre-Dios. A su nombre se dobla toda rodilla, en el cielo, en la tierra y en los infiernos.

En el cielo los ángeles se prosternan ante su Majestad divina, y la adoran temblorosos; el lugar donde se ostenta glorioso Nuestro Señor Jesucristo es también el lugar de su supremo respeto.

En la tierra todas las criaturas obedecieron á Nuestro Señor; el mar se humilló bajo sus pies y le adoró. El sol y los astros lloraron y le honraron cuando los hombres le maldecían.

Y en los infiernos los condenados tiemblan bajo la justicia severa del Juez de vivos y muertos.

II

Por lo demás, el respeto á Nuestro Señor Jesucristo presente en la Eucaristía, no debe razonarse; cuando se anuncia en la corte el Rey, todos se levantan instintivamente.

Cuando pasa el soberano, todos saludan, hay un movimiento espontáneo de respeto y deferencia: quien no tiene este sentimiento ó quiere borrarlo en los demás, es un salvaje.

¡Oh, cuánto tienen que avergonzarse los católicos por su poco respeto en presencia de Nuestro Señor! Hablo tan sólo del respeto instintivo.

Entrad en una sinagoga: si adoptáis una actitud irreverente ó habláis, se os pone en la calle.

Para entrar en una mezquita, se os obliga á quitar el calzado. ¡Y sin embargo, todos estos infieles nada tienen de real en sus templos, mientras que nosotros lo tenemos todo! Esto no obstante, el respeto de ellos supera en mucho al nuestro.

Nuestro Señor Jesucristo bien pudiera decir que el demonio es más honrado que El: He alimentado hijos que luego me han despreciado.

Yo pregunto á las madres si les gustaría mucho verse menospreciadas públicamente por sus propios hijos. Pues si esto había de herir tanto el corazón de una madre, ¿por qué hacerlo con Jesucristo? ¿Por qué hemos de ser menos susceptibles tratándose del honor de Jesucristo que cuando se trata de nuestra honrilla, de nuestra mezquina dignidad?

¿Puede darse cosa más falsa? Nuestra dignidad no nos viene sino de Dios, por reflejo. Y al dejar perder el respeto debido á Dios Nuestro Señor, destruimos el que á nosotros se debe.

¡Ah, si Dios nos castigase como merecemos por nuestras faltas de respeto!

Hizo azotar á Heliodoro por haber profanado el templo; pero aquí hay algo más que el templo.

Ofrezcamos, pues, á Jesucristo este primer homenaje del sentimiento de respeto al entrar en su presencia; cuando la ligereza, la negligencia preceden en nosotros á este homenaje, somos unos miserables.

Si, nuestros mayores pecados contra la fe son nuestras faltas de respeto.

III

Quien tiene fe sabe adonde va: va á la Iglesia, se dirige á Nuestro Señor Jesucristo. Allí entra dicien-

do, como San Bernardo, á todas sus ocupaciones: Quedad á la puerta, pues tengo necesidad de acercarme á Dios para confortar mi espíritu.

Obra pues así: tú sabes cuánto tiempo tienes para permanecer en la iglesia, deja pues todo lo demás. Si vas para orar, no vas para arreglar tus asuntos. Y si las distracciones, el carácter, las preocupaciones te zarandean, deja todo esto en la puerta sin inquietarte; continúa allí con respeto y ofrécete en satisfacción por tus culpas; reprímete, no abandones el lugar santo sin que vea el Señor que detestas tus distracciones; por tu aspecto exterior, ya que no por tu espíritu, das testimonio de su divinidad, de su presencia, y aunque otra cosa no hicieras, esto ya sería mucho.

Ved á un santo varón cuando entra en la iglesia: entra sin cuidarse de los que están allí, lo olvida todo para no ver sino á Nuestro Señor Jesucristo; á la vista del Papa, no se piensa en los Obispos ni en los Cardenales, y en el cielo no se distraen los Santos honrándose unos á otros. ¡No, á Dios sólo todo honor y toda gloria! Sea, pues, ésta nuestra conducta; en la iglesia no hay más que Dios Nuestro Señor.

Después de haber entrado, permanece un momento en reposo; el silencio es la mejor demostración de respeto, y la primera disposición para la oración es el respeto. La mayor parte de nuestras sequedades en la oración y de la falta de fervor en las devociones provienen de que, al entrar, hemos faltado al respeto debido á Nuestro Señor, ó de que nuestra compostura en el templo no es tan respetuosa como debiera.

Formemos, en consecuencia, una firme resolución de no faltar á este respeto instintivo; para esto no

hay necesidad de razonamientos. ¿Por ventura deberá probarse la presencia de Jesucristo cada vez que entramos en la iglesia, ó tendrá acaso que enviar un ángel para decirnos que está allí?

Ciertamente que esto dice muy poco en nuestro favor, mas ¡ay! que todo eso y aun más se necesita para lograr de algunos cristianos el respeto debido á Jesús sacramentado.

IV

Debemos todos á Nuestro Señor Jesucristo el respeto exterior, la oración del cuerpo; nada contribuye tanto como esto para la oración del alma. Ved con qué religioso celo la Iglesia ha prescrito hasta los más insignificantes detalles del culto externo. Y es que esta oración es muy gloriosa para Jesucristo. El mismo nos dió el ejemplo orando de rodillas, y la tradición nos le representa orando con los brazos en cruz y levantados hacia el cielo. Los Apóstoles nos transmitieron esta manera de orar, y el sacerdote la emplea en el santo Sacrificio.

¿Acaso nuestro cuerpo, que recibe de Dios la vida, que goza de sus beneficios en todos los instantes, no debe nada á Dios? Conviene, pues, hacerle orar haciéndole tomar una postura respetuosa.

Las actitudes negligentes del cuerpo debilitan el alma, mientras que una postura rígida la fortifica y ayuda; no hay necesidad de que te impongas un gran sufrimiento adoptando una actitud muy incómoda, basta con que esta actitud sea severa. No os permitáis nunca en presencia de Dios posturas familiares, pues éstas engendran el menosprecio. Amad, sed

tiernos y afectuosos, pero nunca os permitáis familiaridades de esta índole. Las arideces y faltas de devoción en nuestras oraciones suelen proceder ordinariamente de la irreverencia con que solemos presentarnos ante Dios.

Si estás de viaje, ó te entregas en casa á la oración supererrogatoria, puedes adoptar la actitud que menos te moleste; pero en presencia de Nuestro Señor Jesucristo conviene que hagas tomar parte á tus sentidos en la adoración. Ten presente cuán severo era Dios sobre este punto en la antigua Ley; ¿á qué preparaciones tan minuciosas no eran sometidos los Levitas? Quería Dios hacerles sentir su dependencia y prepararlos para que supiesen orar como se debe.

Nuestra piedad es floja y tibia, precisamente por la falta de este respeto exterior. Sé muy bien que no hay necesidad de temblar de miedo ante Dios, no atreviéndose á entrar en su presencia; pero tampoco se necesita caer en el extremo opuesto, de modo que parezca le despreciamos ó tenemos en poco.

Esta actitud severa es un recurso que nos auxilia para orar mejor: nosotros lo rehusamos por satisfacer nuestra sensualidad. Creemos hallarnos fatigados; cuán frecuentemente nos engaña la imaginación. Si pasara el Papa, nuestro pretendido cansancio no nos impediría el arrodillarnos. Y aun cuando nos sintamos cansados de verdad, no temamos tanto el sufrimiento, pues sabemos que extiende las alas de la oración; por lo menos, que nuestra actitud corporal, aun entonces, sea firme y seria. Que las personas del mundo se sienten cómodamente estando cansadas, si no es que se recuestan á lo largo sobre su asiento. No imitéis vosotros estas posturas que alojan el alma haciéndola menos apta para

orar. En cuanto á nosotros los religiosos, permanecemos de rodillas: esta es la postura del verdadero adorador. Si estamos muy cansados, nos levantamos y continuamos de pie; ésta es también una actitud decorosa y digna. Pero sentarnos, nunca. Somos los soldados del Dios de la Eucaristía. Y si nuestro corazón no arde en amor, que el cuerpo al menos atestigüe nuestra fe y nuestro deseo de amar y de obrar bien.

Que nuestro cuerpo ore también y se asocie á la adoración del espíritu. Formemos todos el cortejo de nuestro Rey Jesús. Pensemos que nuestro dueño y señor está allí: esto debe poner en continua vigilancia nuestro espíritu. ¡Atención á Nuestro Señor Jesucristo!

VERE DOMINUS EST IN LOCO ISTO!





EL DIOS DEL CORAZÓN

*Sentite de Domino in
bonitate.*

«Pensad dignamente del
Señor en lo tocante á su
bondad.»

(SAP., I, 1.)

Al respeto instintivo de homenaje exterior, debe unirse un respeto de amor: el primero honra la dignidad de Jesucristo, este último, su bondad; el primero es el respeto del siervo, éste es el respeto del hijo.

Pues bien, á éste precisamente concede Jesucristo el mayor valor; y contentarse con el respeto de honor externo, sería quedarse á la puerta: Jesús quiere sobre todo ser honrado en su bondad.

En la Ley antigua sucedía de otro modo; Dios había escrito sobre su templo: «Temblad cuando os aproximéis á mi Santuario.» Era necesario hacer temblar á aquellos judíos carnales, conduciéndolos por el temor.

Pero en la actualidad, después de haberse encarnado Jesucristo, quiere que le sirvamos por amor, y ha escrito sobre su Tabernáculo: «Venid todos á

mí, y yo os consolaré; venid, pues soy dulce y humilde de corazón.»

Durante su vida, Jesucristo se conquistó el título de bueno, y los discípulos, y aun sus mismos enemigos, le llamaban diciéndole: *Magister bone*, buen Maestro.

Pero ahora es, en la Eucaristía, donde quiere Jesucristo gozar del dictado de bueno, de buen Maestro; lejos de cambiar, ha aumentado su familiaridad con nosotros, desea que pensemos en su ternura, que dilatemos nuestro corazón, que la dicha de verle sea lo que nos conduzca á sus pies.

Esta es la razón de su velo sacramental. Se corre más hacia lo que es grande que hacia lo que es bueno: si Jesucristo mostrase su gloria, nosotros nos detendríamos allí, sin llegar hasta su corazón. Seríamos judíos; mas Jesucristo nos quiere hijos.

Por esto Nuestro Señor no quiere el respeto exterior sino como un acto primero, que nos conduzca á su corazón, que nos haga permanecer en su paz.

Si viésemos á Jesucristo en la plenitud de su grandeza, temblaríamos como tiembla la hoja al más ligero huracán, caeríamos al suelo, jamás haríamos un acto de amor. ¡Ah! ¡Todavía no estamos en el cielo!

Hay libros que no hablan sino de la majestad de Dios. Que se hable de ello como de paso, no me parece mal; pero detenerse mucho en tales consideraciones, concentrar en ellas toda nuestra oración, esto no es bueno, ni nos lleva al amor de Dios.

Pero en presencia de Nuestro Señor Jesucristo, tan dulce, tan bondadoso, se tiene una, dos horas de oración, sin tensión de espíritu: si sobrevienen las distracciones, se pide perdón por ellas, y esto se hace tantas veces cuantas ellas nos importunen; esto

no es fatigoso: y se sabe que siempre seremos perdonados. De otro modo, después de algunas distracciones, se abandonaría la oración con el mayor desaliento.

II

La consideración de la bondad de Jesucristo eucarístico le honra en sumo grado. Esta consideración le hace trabajar, porque su bondad no puede ejercitarse, no puede derramarse, por decirlo así, sino más abajo de donde está; colocándome muy abajo y haciéndome muy pequeño, me inundo de sus gracias y dulces efusiones. Se junta uno entonces con los pobres y los pequeños, á quienes tanto amaba Jesucristo y se le dice: Vos sois muy bueno; ¡pues he aquí dónde podéis dar rienda suelta á vuestra bondad!

¡Y se habla entonces con Jesús!

De otro modo sucede como cuando se presenta uno ante los Reyes, que empieza á temblar, pierde el dominio sobre sí mismo y no sabe qué decir.

La Eucaristía con su suprema dulzura, hace elocuente la lengua de los niños; y todos nosotros somos niños.

La bondad de la Eucaristía da más facilidad y suavidad á nuestras plegarias; propendemos á elevarnos, á engreirnos por nuestras gracias, considerándonos como los propietarios de ellas: Jesucristo no quiere esto, El no hace más que prestárnoslas, para que nosotros las hagamos fructificar en su provecho; por esto deja que las distracciones vengan á humillarnos. Quisiéramos orar sin distracciones, y esto no es posible; dejaré, pues, la oración, en vista

de que no hago más que desagradar á Dios, se dice entonces.

¡No, no es así! Si interesáis en vuestro favor la bondad de Jesucristo, vuestras faltas no deberán atemorizar vuestro espíritu; la misericordia os la perdonará; allí está en persona delante de vosotros.

III

Este culto de amor debe hacernos ir con gran confianza á presencia de Jesucristo Sacramentado.

Debemos personalizar su amor diciéndole: Señor, heme aquí; soy yo á quien tanto habéis amado y por tanto tiempo esperado; yo á quien tendéis ahora mismo los brazos. Este pensamiento dilatará vuestro corazón.

Decid con acento de firme persuasión que Jesucristo os ama personalmente, y no permaneceréis insensibles ante tal pensamiento.

Por otra parte, éste es el secreto del verdadero y natural recogimiento. Para recogerte en Nuestro Señor Jesucristo y obrar del mismo modo cumpliendo las obligaciones de tu estado, no pierdas de vista la bondad de Jesucristo; entonces tu corazón obrará en Él, movido por esta misma bondad y en esto consiste el recogimiento. Al propio tiempo tu espíritu será libre, independiente, y podrás dedicarle á cualquiera cosa que desees. El corazón dirige y gobierna la cabeza, influyendo eficazmente en ella.

Así es como la presencia de Dios se asocia á todo, es compatible con todo. Mientras que si tu espíritu quiere hallarse siempre bajo la impresión de la majestad y de la grandeza, es absorbido ó se debi-

lita su vigor por efecto del cansancio, perdiendo de vista á Dios ú olvidando sus deberes. El recogimiento del corazón es la cosa más natural y verdadera. Dios ha puesto en nosotros una pequeña dosis de espíritu, de ingenio, que pronto se agota; pero de corazón, de sentimientos afectuosos poseemos una cantidad considerable.

El corazón puede siempre amar más, y la presencia cordial de Jesús se une con todo, con todo se compadece; esta presencia nos comunica fuerzas y alientos para no desfallecer; con ella se sabe que Dios es bueno y misericordioso; se vive en su bondad.

Así es que el servidor asalariado corre, vuela á la señal de su amo; pero no se le agradece, pues lo que él honra es el salario.

Mas la obediencia filial tiene un perfume que nada es capaz de remplazar y que no fatiga; es afectuosa y se halla exenta de vanidad.

Nuestro Señor nos la pide: deja para los padres una parte; pero el grueso de este copioso torrente de afectos los quiere para sí.

¡Démosle, en fin, todo nuestro corazón!

Al entrar, pues, en su presencia, rindámosle el honor de respeto instintivo, profundo, por su majestad.

Pero de aquí pasemos á su bondad y en ella permanezcamos.

Manete in dilectione mea. Permaneced en mi amor.

